

# La inocencia de María

(fragmento)<sup>1</sup>

David Martín del Campo

SE HABÍA ESCURRIDO DE LA CAMA EN SECRETO. Amanecía apenas. Se montó la playera en silencio y de ese modo avanzó hasta el cuarto de baño. Al sentarse fue que descubrió el preservativo adherido a su muslo; trató de recordar. Había sido la segunda vez. Sonrió, balanceó la cabeza festejando la travesura. La mañana se anunciaba fresca, nublada. ¿Travesura?

No tiró de la cadena; el remolino del retrete podría despertarlo. Habían dormido poco y ya sería la hora en que él se incorporase. Todavía revoloteaba en su memoria la historia de Aldana, la chica radiofónica. Se notaba que la había amado pero el problema fue de identidad; algo así. ¿Cómo soportar que un día tu mujer *se abra* a ti y a la noche siguiente a una mujer? Le había producido unos celos demasiado confusos. No concebía el quid del conflicto. Ese había sido el problema: “No entendí”.

Destapó un bote de Coca-cola y se dirigió a la mesa de trabajo. Hizo a un lado la *Olivetti* y revisó las hojas mecanografiadas. “Era un gato leonado. Se llamaba Naamá, como afirman que fue el nombre de la mujer de Noé”. La novela de Roma, el desamor, la ciudad patrullada por los *carabinieri*. Cogió un bolígrafo, dio un sorbo a la Coca, continuó escribiendo. ¿Aprobaría eso su mentora, la escritora Puga? Dejó volar la pluma, cedió el discurso a sus recuerdos, había algo en el fondo donde concurrían las presencias de Fabrizio y Santiago. ¿El tono de voz, el buen humor, las caricias?

<sup>1</sup> *La inocencia de María*, México, Lectorum/Conaculta, 2014, 254 pp. Agradecemos al autor y a la editorial Lectorum y a Conaculta el permiso para publicar este fragmento.

—Goliarda.

Pareció despertar. Alzó la mirada y observó la radiación solar apoderada ya de un muro de la cocineta. ¿Qué hora era?

Miró a Santiago Abril, en calzoncillos, señalando el refresco de lata a su lado.

—Golosa —insistió—. ¿Qué en tu casa no se acostumbra recibir el día con un jugo de naranja?

María Montes acabó de sufrir la transición. De Roma a la Aldea Zazil-Ha. ¿Cómo saludar al hombre que la había poseído horas atrás? Suspiró, alzó el bolígrafo, se maravilló con las cinco páginas manuscritas dispersas ante ella. ¿Poseído?

—No quise despertarte.

—Sí. Es tardísimo. Entro a la regadera y salgo como rayo.

—¿No desayunas?

Santiago Abril dio un sorbo a la Coca-cola. Sí, gracias. Le ofreció una sonrisa en lo que se retiraba saltando hacia al baño.

Tenía razón. En su habitación no había nada de eso. Cereal, yogurt, tostadas de pan, tocino frito, mermelada de chabacano, café recién colado. Seguramente que por eso la había repudiado Ramón Kuri.

Comenzó a releer las páginas manuscritas. Algunas líneas mostraban sus naturales tachones, enmendaduras, palabras entre signos de interrogación, “¿menester, apremio?”. Después de todo así nace el arte, con imperfecciones, rebabas, disonancias. Estaba asombrada por la peripecia. Desde los exámenes de la preparatoria que no soltaba de ese modo “el fluir de la tinta”. Todo pasaba por la máquina de escribir, sobre todo si eran eléctricas, y en algunas oficinas ya asomaban las computadoras con su ruidosa impresora de puntos.

Santiago Abril salió como ánima llevada por el diablo. Pasó junto a ella montándose la camiseta de los Rolling y con la cabellera humedecida.

—Me voy, mi amor —se despidió rozándola con un beso—. ¿Pasas tú por los niños al colegio?

Y se fue.

María Montes apenas tuvo tiempo de reaccionar. ¿Podía alguien trabajar con esa prenda ofensiva, la lengua voluptuosa, los labios provocadores de Mick Jagger? Debería visitar la tienda de abarrotes frente al hotel. Corn-flakes, leche empaquetada, un racimo de plátanos. Alzó las hojas manuscritas y fueron como un trofeo de felicidad. La novela avanzaba, tenía sed, le dolían los pezones.



Tengo una buena mala noticia.

“¿Una buena mala? ¿De qué se trata?”

El apartamento era frío, con una zotehuela umbrosa alegrada por tres violeteros en flor. Sólo durante el verano, “de San Pascual a Santa Cristina”, era que el sol visitaba el patiecillo. Pero el sitio no entristecía dado que su espíritu era nocturno y amenizado permanentemente por la música de *jazz*, un Rioja descorchado y dos lámparas de cristales coloridos. Una reminiscencia de los años *hippies*.

—Mala porque me voy a vivir al bosque y dejaré el taller. Ustedes sabrán arreglarse, discutir civilizadamente, escribir con los rigores de la sintaxis. Y buena por lo mismo; me hallé un señor que quiere ser mi marido, mi “como-marido”. Isaac, se llama, y es judío. Imperfecto, pero buen hombre. Dice que me cuidará, y con eso basta.

—¿Al bosque?

—Sí, como Blanca Nieves, pero en la meseta tarasca. Zirahuén se llama el lago. Cerca de Pátzcuaro. ¿Y tú?, te nos perdiste varios meses.

—También tengo una mala y una buena. Renuncié al museo, escribí una novela que se llevó el

vendaval. Entré a trabajar en *La Jornada* como correctora de estilo y escribí una segunda primera novela, que es ésta.

—¿Cuál es la buena? ¿Cuál la mala?

—Ambas. Además que enviudé...

—¿No te estabas divorciando?

—Cambié el trámite; y perdí un amor que...

Bueno.

—Mucha perdición, ¿no?

—Absoluta. ¿No tendrás un vodka por ahí?

—Vino, sí. Vodka, no sé.

—Se me han contagiado algunos excesos.

—María Montes, muchas noticias excesivas. ¿No preferirías un cafecito?

—Insisto. Quiero un vodka, o ginebra, si no te molesta.

—No me dirás que durante todo este tiempo te volviste alcohólica.

—No. No lo diré.

La escritora había puesto su disco favorito. *Underground*, de Thelonus Monk. Bostezaba. Dejó su poltrona y fue a preparar el vodka-tónico. Eran las nueve de la noche y al día siguiente anunciaría su renuncia, también, a la editorial Siglo XXI. Qué cara le pondría don Arnaldo Orfila, que la escudaba como su favorita. Y ni modo que ocultara la verdad. Me amancebo, me voy a lago Zirahuén donde todas las noches comeré malvaviscos asados en la chimenea. Se supone que seré feliz.

—¿De qué se trata tu novela, María Montes?

—Buena pregunta. No sé cómo responder; ¿de qué se tratan las novelas?

La escritora sopesó el manuscrito que descansaba sobre sus muslos. Dos kilogramos de narrativa quimérica. Revisó la frase del arranque: “Estoy muerta, nadando en un charco de sangre. Ramón, despierta... Aquello en su pecho era simplemente desazón.”

—¿La leerás?

—Esta semana no. Ni la próxima, ni la próxima.

Dame chance. Estoy a punto de volver a nacer... Así se dice, ¿no?

—Santiago Abril —pronunció María Montes.

—Quién es ése.

—En la novela... —dejó la frase inacabada.

La Puga sonrió, paseó un dedo por la resma de aquel engargolado. Llevó la mirada al tocadiscos don de la melodía “Round About Midnight” las sitiaba.

—¿Sabías que en 1972 se retiró del todo, sospechando que estaba perdiendo la razón?

—Quién perdía la razón.

—La razón y la memoria. Todo. La famosa enfermedad de nuestro novio el alemán. Ya sabes. Thelonus, que tocaba como los ángeles.

—En la novela aparece como un personaje. Santiago Abril. Pero en la realidad fue como un sueño. Un sueño breve. Se llamará *Suriana*, la novela.

—Suena a autobiografía.

—Un poco.

La tutora comenzó a hojear el mazo de fotocopias. Repetía en voz alta: “Campamento chiclero”, “azul inefable”, “Bonampak”.

—Ah, una novela histórica —adivinó.

—Tampoco, María Luisa. Por Dios, una novela es una novela. Tú lo sabes.

—Yo lo sé... y tengo sueño, María Montes. Estoy cansada, simplemente cansada. A las cuatro y media suena mi despertador y me enrolló con un grupo de chavas en Europa. Londres, Berlín, los años sesenta.

—Me acabo el vodka y me voy. Discúlpame. Debí llamar antes de venir.

María Luisa Puga alzó una mano señalando esa frase musical. *Blue monk*. Las notas del piano fugándose por la ventana hacia la noche.

—No te disculpo —le confió palmeándole una rodilla—. No hay culpa.

—¿No hay culpa? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que somos inocentes, María. Todos somos inocentes. 